

26 de mayo de 2024 - Solemnidad de la Trinidad "B"

[Deut 4:32...40; Rom 8:14-17; Mt 28:16-20](#)

Homilía

El ministerio público de Jesús comienza con su bautismo en las aguas del Jordán. Y en su última aparición a sus discípulos después de su resurrección, les ordena que vayan y enseñen a todas las naciones, haciendo discípulos de ellas y bautizándolas "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

El bautismo de Jesús en el Jordán fue el momento de la primera manifestación clara -en el Nuevo Testamento, y por tanto en toda la Revelación- del Dios Padre, Hijo y Espíritu.

Cuando Jesús bajó a las aguas del río para ser bautizado por Juan, como hacían las multitudes que bajaban de Jerusalén, el Espíritu descendió sobre él en forma de paloma, y oyó la voz del Padre que decía: "Tú eres mi hijo amado, en quien me complazco."

Y en el Evangelio de hoy, cuando Jesús deja a sus discípulos, les dice que bauticen a las naciones y que lo hagan "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

A lo largo de su enseñanza, Jesús atestigua que Dios es su Padre y que todo su ser se expresa en esta relación de Hijo a Padre. El Padre dice todo de sí mismo en su Palabra; y cuando el Verbo encarnado dice: "Abba, Padre", expresa en esta simple palabra todo su ser de Hijo. No hay otra cosa. Jesús también nos enseña a lo largo del Evangelio que Él y su Padre son uno, unidos por el Espíritu de amor que les es común. Y, finalmente, nos revela que también nosotros estamos llamados a vivir la misma relación. Esta llamada se hace realidad a través del bautismo que hemos recibido.

Así pues, existe una relación esencial entre el misterio de la Trinidad, que celebramos hoy, y el bautismo. Por el bautismo nos convertimos en hijos del Padre, en el Hijo, por el Espíritu de amor que se nos da. El Espíritu desciende entonces sobre nosotros y la voz del Padre nos dice: "Tú eres mi hijo/hija amado/a en quien me complazco".

El uso del bautismo era una parte importante de la cultura religiosa en la época de Jesús, en Oriente Medio, y no sólo en el judaísmo. En consonancia con la Encarnación, Jesús asumió esta costumbre y la transformó en el sacramento del bautismo, al igual que asumió el rito de la cena pascual y lo transformó en el sacramento de

la Eucaristía.

El bautismo, sin embargo, no era un ritual aislado. La persona que bautizaba siempre tenía un mensaje, una enseñanza que transmitir; y la persona que recibía el bautismo se comprometía a vivir de acuerdo con esta enseñanza. Por lo tanto, también aceptaba someterse a una conversión. Jesús conservó esta dimensión del bautismo. Por eso, cuando ordenó a sus discípulos que bautizaran a las naciones, también les ordenó que les enseñaran "a guardar todos los mandamientos" que les había dado.

Además, en la época de Juan el Bautista y de Jesús, el bautismo también estaba vinculado a una tradición de vida ascética. Normalmente había una comunidad que vivía con el bautizador, es decir, con la persona que bautizaba, practicando una vida ascética con él. Muchos de los primeros cristianos, al recibir el bautismo, adoptaron una forma de vida similar, esforzándose por poner en práctica las llamadas de Jesús a diversas formas de renuncia radical. Y fue esta tradición de vida ascética, asumida paulatinamente en el cristianismo, la que, tras algunos siglos de purificación e integración, dio lugar a lo que más tarde se llamó "vida monástica", y que nos esforzamos por vivir aquí en Scourmont.

Como todas las formas de vida cristiana, la vida monástica está esencialmente ligada al bautismo; y por eso también está esencialmente ligada a la Trinidad. Es un esfuerzo por responder a la llamada de Jesús a la renuncia y a la conversión, para que su Espíritu se posa sobre nosotros y podamos escuchar la voz del Padre que nos dice: "Tú eres mi hijo/hija amado/a en quien me complazco".

Si guardamos bien esta palabra de amor que se nos ha dado, se cumplirá en nosotros la promesa de Jesús a sus discípulos: "Y yo estoy con vosotros todos los días".

Penetremos, pues, cada vez más en este bautismo que es nuestra vida cristiana y nuestra vida monástica, para experimentar cada vez más intensa y constantemente la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu en nosotros. Nuestra vida se convertirá entonces en una oración continua, porque, como dice Pablo en la segunda lectura (tomada de la carta a los Romanos), el Espíritu de Dios se unirá a nuestro espíritu para decir "Abba", esa palabra afectuosa en la que se expresa toda la naturaleza del Hijo. Esta es la oración de la que habla Pablo en este mismo capítulo 8 a los romanos: "Nosotros no sabemos orar, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables."

Armand Veilleux